



**CHUCK
PALAHNIUK**

Diario

En *Diario. Una novela*, la camarera Misty Tracy Wilmot, sufrida trabajadora en un centro turístico de una isla de Nueva Inglaterra, cuyo marido yace en coma tras un intento de suicidio, se propone tomar nota de todo lo que ocurre para que él pueda leerlo cuando regrese del otro lado, si eso llega a suceder. Mientras ella escribe su diario, diferentes actos de vandalismo contra la insoportable masa de turistas y reveladores graffiti en las paredes se suceden como indicios de la existencia de algo podrido, aquí y allá, en todas partes.

Diario. Una novela vuelve a arremeter contra el sueño americano, descubriéndose la pesadilla que se esconde debajo de una alfombra de lujo.

A mi abuelo, Joseph Tallent.
Que me dijo que fuese lo que quisiera.
(1910-2003)

21 DE JUNIO, LUNA EN TRES CUARTOS

Hoy ha llamado un hombre desde Long Beach. Ha dejado un mensaje largo en el contestador, farfullando y gritando, hablando deprisa y despacio, diciendo palabrotas y amenazando con llamar a la policía para que te detengan.

Hoy es el día más largo del año. Pero últimamente todos lo son.

El parte meteorológico de hoy anuncia preocupación creciente seguida de terror desatado.

El hombre que ha llamado desde Long Beach ha dicho que le ha desaparecido el cuarto de baño.

22 DE JUNIO

Cuando leas esto serás más viejo de lo que puedes recordar. El nombre oficial de esas manchas de la vejez que tienes es *lentiginos hiperpigmentado*. El término anatómico oficial para designar una arruga es *ritide*. Esas arrugas que tienes en la mitad superior de la cara, esas ritides que te surcan la frente y te rodean los ojos, esas son *arrugas dinámicas*, también conocidas como *líneas faciales hiperfuncionales*, y las causan los movimientos de los músculos subyacentes. La mayoría de las arrugas de la mitad inferior de la cara son *ritides estáticas*, y las causan el sol y la gravedad.

Echemos un vistazo al espejo. Mírate la cara con atención. Mírate los ojos y la boca.

Esto es lo que crees que conoces mejor.

Tu piel consta de tres capas principales. La que puedes tocar es el *stratum corneum*, una capa de células planas y muertas que las células de debajo van expulsando. Lo que notas, esa sensación grasa, es el manto ácido, la capa de aceite y sudor que te protege de los gérmenes y los hongos. Debajo tienes la dermis. Debajo de la dermis hay una capa de grasa. Debajo de la grasa tienes los músculos de la cara.

Tal vez recuerdes todo esto de la facultad de bellas artes, de la clase de Anatomía 201. Aunque tal vez no.

Cuando retraes el labio superior —cuando enseñas ese diente de arriba, el que te rompió el vigilante del museo—, lo que accionas es tu músculo *levator labii superioris*. El músculo de las muecas. Digamos que notas un olor a orinancia.

Imaginemos que tu marido acaba de matarse en el coche de la familia. Imagínate que tienes que ir y limpiar con una esponja los meados del asiento del conductor. Digamos que tienes que seguir usando ese montón de chatarra oxidada y apestosa para ir al trabajo, y que todo el mundo te ve y todo el mundo lo sabe, porque es el único coche que tienes.

¿Algo de esto te resulta familiar?

Cuando una persona normal, una persona normal e inocente que está más claro que el agua que se merece algo mejor, llega a casa después de trabajar de camarera todo el día y se encuentra a su marido asfixiado en el coche de la familia y con la vejiga goteando, y al verlo suelta un grito, lo que está haciendo es simplemente tensar al máximo el músculo *orbicularis ori*.

Esa arruga profunda que te va de las comisuras de la boca a la nariz es el *pliegue nasolabial*. A veces se llama la «bolsa de las muecas». A medida que envejeces, esa especie de almohadilla de grasa que tienes dentro de la mejilla, cuya denominación anatómica oficial es *grasa malar*, va cayendo más y más hasta que se te llega a apoyar en el pliegue nasolabial y la cara se te convierte en una mueca perpetua.

Esto no es más que un pequeño curso de puesta al día. Una pequeña guía paso a paso.

Un pequeño repaso. En caso de que no te reconozcas a ti mismo.

Ahora frunce el ceño. Es el músculo *triangularis* que tira hacia abajo de los extremos del músculo *orbicularis oris*.

Finge que eres una chica de doce años que quería a su padre con locura. Que eres una chica preadolescente que necesita a su padre más que nunca. Que contaba con que su padre siempre estaría presente. Imagina que todas las noches te vas a la cama llorando con los ojos tan fuertemente cerrados que se te hinchan.

Esa textura como de piel de naranja de tu barbilla, esos bultitos parecidos a burbujas, te los causa el músculo *mentalis*. El músculo de los mohines. Esas líneas que ves todas las mañanas, cada vez más profundas, que van desde las comisuras de la boca hasta el borde de la barbilla, se llaman *líneas de marioneta*. Las arrugas que hay entre las cejas se llaman *surcos glabellares*. El hecho de que los párpados se hinchen y caigan hacia abajo se llama ptosis. Tus *ritides laterales cantales*, las «patas de gallo», empeoran día a día y solamente tienes doce putos años, por Dios bendito.

No finjas que no sabes de qué va esto.

Va de tu cara.

Ahora sonríe, si es que todavía puedes.

Ese es tu músculo *zygomaticus major*. Cada contracción te retira la carne igual que los alzapaños te abren las cortinas de la ventana de la sala de estar. Igual que los cables levantan el telón de un teatro, cada una de tus sonrisas es una noche de estreno. Una primera representación. Tu desvelamiento.

Ahora sonríe como sonreiría una madre anciana cuando se suicida su único hijo. Sonríe y dale unos golpecitos en la mano a su esposa y a su hija adolescente y diles que no se preocupen: que en realidad todo va a salir bien. Sigue sonriendo y recógete el pelo canoso con un pasador. Ve a jugar al bridge con tus amigas ancianas. Empólvate la nariz.

Ese montón de grasa enorme y horrible que ves colgar debajo de tu barbilla, la papada, creciendo y volviéndose más bamboleante cada día, eso es grasa submental. Ese aro de arrugas que te rodea el cuello es una banda platümal. Todo ese descenso lento de la cara, de la barbilla y del cuello lo causa la gravedad sobre tu sistema *músculo-aponeurótico superficial*.

¿Te resulta familiar?

Si ahora te sientes un poco confuso, relájate. No te preocupes. Lo único que te hace falta saber es que esta es tu cara. Lo que crees conocer mejor.

Que estas son las tres capas de tu piel.
Que estas son las tres mujeres de tu vida.
La epidermis, la dermis y la grasa.
Tu mujer, tu hija y tu madre.

Si estás leyendo esto, bienvenido de vuelta a la realidad. Aquí es donde te ha traído todo el potencial glorioso e ilimitado de tu juventud. Todas las promesas sin cumplir. Esto es lo que has hecho con tu vida.

Te llamas Peter Wilmot.

Lo único que te hace falta entender es que has resultado ser un saco de mierda patético.

23 DE JUNIO

Llama una mujer desde Seaview para decir que le falta el cuarto para la ropa. El pasado mes de septiembre su casa tenía seis dormitorios y dos cuartos roperos. Está segura. Ahora solamente tiene uno. Llega para abrir la casa que tiene en la playa a principios de la temporada de verano. Llega en coche con los niños, la niñera y el perro, llegan con todas las maletas y se encuentran con que ya no hay toallas. Han desaparecido. Puf.

Triángulo-de-las-Bermudizadas.

A juzgar por su voz en el contestador, por la forma en que su tono de voz asciende, estridente, hasta convertirse en una alarma antiaérea al final de cada frase, se nota que está temblando de furia, pero que por encima de todo está asustada. Dice:

—¿Es alguna clase de broma? Por favor, dígame que alguien le ha pagado a usted para hacer esto.

Su voz en el contestador dice:

—Por favor, no llamaré a la policía. Usted déjelo como estaba antes, ¿de acuerdo?

Por detrás de su voz, tenue y de fondo, se oye la voz de un niño que dice:

—¿Mamá?

La mujer aparta la cara del teléfono y dice:

—Todo irá bien —dice—. Que no cunda el pánico.

El parte meteorológico de hoy anuncia una tendencia cada vez mayor a la denegación.

Su voz en el contestador dice:

—Devuélvame la llamada, ¿vale? —Deja su número de teléfono. Y dice—: Por favor...

25 DE JUNIO

Imagina cómo dibujaría una niña una espina de pescado, el esqueleto de un pescado, con la cabeza a un lado y la cola al otro. Y la larga espina dorsal en medio, atravesada por las espinas transversales. La clase de espina de pescado que llevan en la boca los gatos de los dibujos animados.

Imagina que ese pescado es una isla llena de casas. Imagina las casas parecidas a castillos que dibujaría una niña que viviera en un poblado de caravanas: unas casas enormes de piedra, cada una rematada por un bosque de chimeneas, cada una de ellas provista de una cordillera de tejados a distintos niveles, alas, torres y hastiales, todo ello ascendiendo hasta las alturas y rematado con un pararrayos. Tejados de pizarra. Lujosas rejas de hierro forjado. Casas de fantasía, atiborradas de ventanas en saliente y de buhardillas. Y a su alrededor, pinos perfectos, jardines de rosas y aceras de ladrillo rojo.

Las fantasías burguesas de una niña blanca pobre e inculta.

La isla entera era exactamente lo que soñaría una niña que estuviera creciendo en algún poblado de caravanas, algún agujero de mala muerte como Tecumseh Lake, Georgia. La niña apagaría todas las luces de la caravana mientras su madre estaba en el trabajo. Se tumbaría de espaldas en el suelo, sobre la alfombra de pelo anaranjado y apelmazado de la sala de estar. La alfombra que huele como si alguien hubiera pisado una mierda de perro. El color naranja funde a negro allí donde hay quemaduras de cigarrillos.

La niña cruzaría los brazos sobre el pecho y podría imaginar la vida en un lugar como aquel.

Ya sería esa hora —de madrugada— en que uno escucha con atención. En que se ve más con los ojos cerrados que con los ojos abiertos.

La espina de pescado. Desde la primera vez que tuvo un lápiz de colores en la mano, eso es lo que la niña dibujó.

Tal vez su madre nunca estuvo en casa mientras ella crecía. Nunca conoció a su padre y tal vez su madre tenía dos trabajos. Uno en una fabrica asquerosa de aislamientos de fibra de vidrio y otro sirviendo comida en una cafetería de hospital. Por supuesto, la niña soñaba con un lugar como aquella isla, donde nadie trabajaba salvo en mantener la casa cuidada, recoger arándanos silvestres y pasear por la playa buscando conchas. Bordar pañuelos. Hacer arreglos florales. Donde los días no empiezan siempre con un despertador y terminan con la televisión. Se imaginaba aquellas casas, todas días, todas las habitaciones y los bordes labrados de las repisas de todas las chimeneas. Los dibujos de todos los parquets. Todo sacado de su imaginación. Las curvas de todas las lámparas y grifos. Se imaginaba todas las baldosas. Se las imaginaba de madrugada. Los dibujos de todos los papeles de las paredes. Dibujaba al pastel todas las tejas y escaleras y canalones. Lo pintaba todo con lápices de colores. Hacía bocetos de todas las aceras de ladrillo y los setos de boj. Pintaba el rojo y el verde con acuarelas. Lo vio todo, se lo imaginó, soñó con ello. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Desde que fue lo bastante mayor para coger un lápiz, era lo único que dibujaba.

Imagínate una espina de pescado cuya cabeza apunta al norte y la cola al sur. La espina dorsal está surcada por dieciséis espinas transversales que apuntan al este y al oeste. La cabeza del pescado es la plaza del pueblo y en la boca hay un puerto de donde sale y adonde llega el ferry. El ojo

del pescado sería el hotel, y a su alrededor estarían la tienda de comestibles, la ferretería, la biblioteca y la iglesia.

La niña pintaba las calles con hielo en los árboles sin hojas. Las pintaba con pájaros regresando, cada uno de ellos recogiendo hierba de las playas y agujas de pinos para construir un nido. Luego con las dedaleras en flor, más altas que las personas. Luego con girasoles todavía más altos, Luego con las hojas cayendo en espiral y el suelo de debajo cubierto de nueces y castañas.

Lo veía con claridad total. Se imaginaba todas las habitaciones y el interior de todas las casas.

Y cuanto más se imaginaba aquella isla, menos le gustaba el mundo real. Cuanto más se imaginaba aquella gente, menos le gustaban las personas de verdad. Sobre todo la hippy de su madre, siempre cansada y siempre oliendo a patatas fritas y a humo de cigarrillo.

Llegó un punto en que Misty Kleinman renunció a llegar a ser feliz algún día. Todo era feo. Todo el mundo era burdo y simplemente... nadie encajaba.

Así se llamaba, Misty Kleinman.

En caso de que ya no esté cuando leas esto, ella era tu mujer. En caso de que no estés simplemente haciéndote el tonto: el nombre de soltera de tu pobre mujer era Misty Marie.

Cuando aquella pobre idiota dibujaba una hoguera en la playa, notaba el sabor de las mazorcas de maíz y de los cangrejos hervidos. Cuando dibujaba el jardín de hierbas aromáticas de una casa, olía el romero y el tomillo.

Con todo, cuanto mejor dibujaba, peor le iba la vida: hasta que llegó un punto en que nada era lo bastante bueno en su vida real. Llegó un punto en que no se sentía cómoda en ninguna parte. Llegó un punto en que nadie era lo bastante bueno, nadie era lo bastante refinado, nadie era lo bastante real. No lo eran los chicos del instituto, ni tampoco las demás chicas. Nada era tan real como su mundo imaginario. Llegó un punto en que iba al psicólogo del

instituto y le robaba dinero a su madre del bolso para comprar hierba.

Para que la gente no dijera que estaba loca, centró su vida no en las visiones en sí, sino en su representación artística. La verdad era que solamente quería adquirir la capacidad de plasmarlas. Para que su mundo imaginario se volviera más y más preciso. Más real.

Y en la facultad de bellas artes conoció a un chico llamado Peter Wilmot. Te conoció a ti, a un chico procedente de un lugar llamado «isla de Waytansea».

Y la primera vez que ves la isla, si vienes de cualquier otro lugar del mundo, piensas que estás muerto. Que estás muerto, que te has ido al cielo y que estás a salvo para siempre.

La espina dorsal del pescado es División Avenue. Las espinas transversales son calles, empezando por Alder Street, una manzana al sur de la plaza del pueblo. Luego vienen Birch Street, Cedar Street, Dogwood, Elm, Fir, Gum, Hornbeam, todas ordenadas alfabéticamente hasta Oak Street y Poplar Street, justo antes de llegar a la cola del pescado. Allí, la punta sur de División Avenue se convierte en grava, luego en barro y por fin desaparece entre las arboledas del cabo de Waytansea. No es una mala descripción. Este es el aspecto del puerto cuando llegas por primera vez en el ferry procedente del continente: estrecho y alargado, parecido a la boca de un pescado, esperando para tragarte como en los relatos de la Biblia.

Si uno tiene el día libre, puede recorrer todo División Avenue. Desayunar en el hotel Waytansea, luego caminar una manzana hacia el sur y pasar por delante de la iglesia de Alder Streer. Pasar por delante de la casa de los Wilmot, la única casa que hay en East Birch Street, con dieciséis acres de jardín que llegan hasta el mar. Pasada la casa de los Burton en East juniper Street. Las arboledas están atiborradas de robles, todos altos y retorcidos como centellas cubiertas de musgo. El cielo por encima de División Ave-

nue en verano está cubierto de capas verdes, densas y cambiantes de hojas de arce, roble y olmo.

Cuando uno viene aquí por primera vez cree que todas sus esperanzas y sueños se han hecho realidad. Que finalmente su...

Lo cierto es que, para una niña que solamente ha vivido en una casa con ruedas debajo, esto parece ese lugar especial y seguro donde va a vivir para siempre y donde la van a querer y a cuidar.

Para una niña que se sentaba en una alfombra de pelo con una caja de lápices de colores y dibujaba aquellas casas, unas casas que no había visto nunca. Simplemente dibujaba la forma en que se las imaginaba, con sus porches y sus ventanales de cristal de colores. Para la niña que un día vería aquellas casas en la vida real. Exactamente aquellas mismas casas. Unas casas que ella pensaba que solamente existían en su imaginación.

Desde que aprendió a dibujar, la pequeña Misty Marie ya conocía los secretos húmedos de las fosas sépticas de detrás de cada casa. Ya sabía que los cables que iban por dentro de las paredes eran viejos. Que estaban envueltos en tela aislante y ensartados dentro de tubos de porcelana y a lo largo de postes de porcelana. Podía dibujar el interior de todas las entradas de las casas, donde las familias de la isla marcaban los nombres y las estaturas de sus hijos.

Incluso desde el continente, desde el muelle para ferrys de Long Beach, al otro lado de tres millas de agua salada, la isla parecía el paraíso. Los pinos eran de un verde tan oscuro que parecían negros, las olas rompían contra las piedras marrones, parecía que todos sus sueños se habían hecho realidad. Protección. Silencio y soledad.

Hoy día, ese es el aspecto que tiene la isla para mucha gente. Para muchos forasteros ricos.

Para aquella niña que nunca había nadado en nada más grande que la piscina del poblado de caravanas, cegada por el exceso de cloro, que un día habría de coger el ferry